

LA HORA DE QUEVEDO (*)

Por Aurelio MIRO QUESADA S.

Se cumple en estos días el cuarto centenario del nacimiento del ilustre Don Francisco de Quevedo Villegas, bautizado en la iglesia madrileña de San Ginés el 26 de setiembre de 1580. Poeta, novelista, entremesista, político, teólogo, filósofo, rodeado por la fama pero también herido por esa misma fama, su nombre ha alcanzado con los siglos más elogios retóricos que conocimiento exacto del público común. Vivió escribiendo y zahiriendo, alternó honores y prisiones y terminó recluido y abatido en su Torre de Juan Abad, para morir en la cercana Villanueva de los Infantes en 1645. Hombre de su tiempo, reflejó de su tiempo la acción y el pensamiento, el brío vital y el desengaño, el contraste constante entre la ilusión alta y el realismo mezquino. Improvisador genial y también erudito infatigable, no ha dejado una obra que lo recoja por entero; ("innumerable como un árbol, pero no menos homogéneo", ha dicho de él Jorge Luis Borges).

(*) (Artículo publicado en "El Comercio" de Lima, el 23 de setiembre de 1980).

Como consecuencia de su vena satírica, por lo común se le recuerda sólo por una de sus caras: la de la burla amarga, la del chiste sarcástico, o simplemente de la gracia festiva de las letrillas y las jácaras; como la de vigencia permanente:

Poderoso caballero
es Don Dinero.

Pero se relega injustamente la otra cara de su poesía: la profunda, la de meditación moral, la de consideración ascética de la caducidad de las cosas del mundo; como en su hermoso soneto sobre Roma, cuyas murallas y templos han caído en tanto que sigue fluyendo el Tíber, porque “lo fugitivo permanece y dura”; o como el estremecedor soneto del amor que vive más allá de la muerte:

Médulas que han gloriosamente ardido
su forma perderán, no su cuidado.
Serán ceniza, mas tendrán sentido;
polvo serán, mas polvo enamorado.

Porque Quevedo es, en el fondo y en la forma, representante insigne de los contrastes de su tiempo. El mismo Quevedo del descaro, o aun del chiste procaz, es el pensador hondo, el reflexivo que concilia el severo estoicismo pagano con la trascendencia y la nobleza del mensaje de Cristo. El barroquismo de su estilo es a la par culto y plebeyo, concentrado en conceptos y despilfarrado y vibrante en palabras. Quevedo es sin duda alguna uno de los más grandes manipuladores del idioma, creador de giros y vocablos, jugador con metáforas, caricaturista con hipérbolos. Se diría que su lenguaje tiene jugo, cuando le escuchamos hablar del “naricísimo” que “érase un hombre a una nariz pegado”, de las calles que se hundían “a gritos de las mujeres”, de la

buscona que empuja con sus faldas "las aceras de las plazuelas", de los charlatanes que aniegan el barrio "en diluvios de conversación", de los mulatos que son "hombres crepúsculo entre anochece y no anochece".

Nada más expresivo que el esperpéntico retrato del dómine Cabra en la célebre *Vida del Buscón*: "Era un clérigo cerbatana... Los ojos avecindados en el cogoté, que parecía que miraba por cuévanos;... las barbas descoloridas de miedo de la boca vecina;... el gaza largo como avestruz;... Mirando de media abajo parecía tenedor, o compás con dos piernas largas y flacas;... le sonaban los huesos como tablilla de San Lázaro... Cada zapato podía ser tumba de un filisteo... La cama tenía en el suelo, y dormía siempre de un lado, por no gastar las sábanas. Al fin, era archipobre y protomisera".

El Buscón no es en realidad una novela picaresca aunque se le vincule siempre al género, sino una sátira social. Pareja en cierta manera de su espíritu es la alborotada serie de los *Sueños*, o fantasías morales, que en sus mismos títulos indican su contenido y su propósito: "El sueño de las calaveras", "El alguacil alguacilado", "El sueño del infierno" o "Las zahurdas de Plutón", "El mundo por de dentro", "La visita de los chistes", "El entremetido, la dueña y el soplón" y el incorporado después a ellos, "La hora de todos y la fortuna con seso". Cuadros que recuerdan en algo las Danzas de la Muerte medioevales o que anticipan los tremendos aguafuertes de Goya, en ellos desfilan decenas y centenas de personajes, españoles de un lado y de otro de una auténtica representación universal, reyes, validos, médicos, boticarios, letrados, escribanos, poetas, soldados, sacristanes, sastres, taberneros, mohatrerros, tahúes.

Entre las burlas y las veras de "La hora de todos" hay una sabrosa decena de episodios sobre la política internacional en la primera mitad del siglo XVII. Rivalidades so-

bre todo entre Francia y España; Italia dividida, con cada región codiciada por los vecinos; Inglaterra egoísta y desconfiada; Francia que intriga y que quiere ganar un capelo cardenalicio para encubrirse lo "calvino". El Duque de Moscovia esquilma con tributos y el Señor de los Turcos no recurre a la ley sino al alfanje. En las tierras de América los holandeses atacan los flotas españolas, ocupan la costa del Brasil y acechan los tesoros que parten de Lima y Potosí. Quevedo advierte sobre esta común amenaza contra España, que le hizo decir en otra parte:

Y es más fácil, oh España, en muchos modos
que lo que a todos les quitaste sola
te puedan a tí sola quitar todos.

Pero a pesar de su nacionalismo vigoroso, Quevedo no reprime las críticas a su país; el Rey pierde su tiempo entre los regalos de la Corte; el arbitrario Conde-Duque se rodea de quienes sólo buscan el negocio; hay jueces prevaricadores, burócratas lentos, recaudadores abusivos. ¿Qué hacer entonces para salvar a España? Esto no lo propone Quevedo en sus *Sueños*, sino en otras obras hoy menos leídas pero que son fundamentales para conocer su pensamiento: las reflexiones estoicas de su *Marco Bruto*; los austeros tercetos de su *Epístola censoria*; la energía y la hondura de su *Política de Dios*, que no es sólo la afirmación de la doctrina sino la aplicación de la norma cristiana al arte de gobernar.

Y es así cómo Quevedo el desenfadado, Quevedo el cínico, Quevedo el amargado ("hombre dado al diablo, prestado al mundo y encomendado a la carne"), nos da en sí mismo el mejor ejemplo del contraste barroco: la burla cruel de las pompas del mundo y la fe indestructible en los valores eternos del espíritu

que no consiente márgenes ni orillas.